

Del coleccionismo al patrimonio:

Construyendo una memoria artística de Jalisco

Cuando hablamos de coleccionar arte, generalmente pensamos en adquirir, reunir y conservar obras que nos gustan o que consideramos importantes.

Pero con el paso del tiempo he comprendido que coleccionar puede significar algo mucho más profundo: **coleccionar también es una manera de conservar memoria.**

Y esa es precisamente la idea que quisiera compartir hoy: cómo una colección que comenzó como una experiencia personal y familiar puede convertirse, con el tiempo, en un archivo vivo de la memoria artística de Jalisco.

La colección CJV comenzó a formarse a mediados de los años ochenta.

Al principio, como sucede muchas veces con una colección, las obras simplemente comenzaron a acumularse. Llegó un momento en que ya ocupaban cuartos completos y surgió una pregunta muy sencilla, pero muy importante:

¿Cuántas obras tenemos y dónde están?

Fue entonces cuando comprendimos que necesitábamos comenzar a hacer un inventario.

Pero muy pronto descubrimos que inventariar las obras no era suficiente.

Cada pieza tenía detrás una historia: quién era su autor, cuándo había sido realizada, dónde había sido expuesta, quién la había tenido anteriormente, cómo había llegado hasta nosotros.

También había invitaciones, publicaciones, recortes de periódico, fotografías, facturas y recibos de compra.

Todo aquello formaba parte de la historia de la obra.

Y entonces entendimos algo que para mí sigue siendo fundamental:

una obra de arte no es solamente el objeto que tenemos frente a nosotros. También es toda la información que permite entender su origen, su trayectoria y el contexto en el que fue creada.

Con el tiempo, ese archivo de documentos también comenzó a crecer y a resultar insuficiente.

Fue entonces cuando apareció una herramienta que cambiaría la manera de organizar y compartir la colección: internet.

A finales de los años noventa y particularmente alrededor del año 2000, internet comenzaba a convertirse en una herramienta cada vez más interesante para reunir información y compartirla.

Yo empecé a aprender a manejar páginas web y descubrí que podía utilizar ese medio no solamente para mostrar las obras, sino para **relacionar cada obra con su documentación, con su autor y con su historia.**

En 2001 comenzamos a darle una dirección más definida a la colección, que se había ido orientando principalmente hacia artistas jaliscienses.

La página web se convirtió poco a poco en una especie de archivo digital.

Cada nueva adquisición, cada exposición y cada investigación podía incorporar nueva información.

Y lo que había comenzado como una necesidad familiar de organización comenzó a convertirse en un proyecto de difusión y de conocimiento.

Incluso la respuesta del público nos hizo entender que aquello podía tener una dimensión mucho mayor.

Durante años hemos registrado millones de visitas a la página, lo que nos confirmó que existía un interés por conocer a estos artistas y estas obras.

En 2005 tuvimos además la oportunidad de ingresar al ICOM como Museo Virtual, y eso representó para nosotros un reconocimiento importante y una nueva manera de entender el proyecto.

Porque en ese momento la colección dejó de ser solamente algo que pertenecía al ámbito privado.

Comenzó a adquirir una dimensión pública.

Y aquí es donde aparece la idea que me parece central para esta conversación:

¿Qué significa realmente conservar la memoria artística?

Cuando hablamos de la memoria artística de un territorio, podríamos pensar solamente en los grandes nombres, en los artistas que aparecen en los libros de historia del arte o en las obras que han recibido mayor reconocimiento institucional.

Pero la historia artística de un lugar es mucho más amplia.

También está formada por artistas que quizá no tuvieron la misma difusión, por exposiciones que ocurrieron hace décadas, por galerías, coleccionistas, espacios de creación, técnicas, publicaciones y por las relaciones que se establecieron entre artistas y generaciones.

Cada obra puede contener una pequeña parte de esa historia.

Por eso, cuando conservamos una pintura, una escultura o cualquier otra pieza, no estamos conservando únicamente su materia.

Estamos conservando la posibilidad de **reconstruir una historia alrededor de ella.**

Me gusta pensarlo de una manera muy sencilla:

la obra es el testimonio; la colección es el contexto; y el museo es el espacio donde ese testimonio vuelve a hablar.

Y precisamente por eso considero que el Museo CJV puede entenderse como un **archivo vivo de la memoria artística de Jalisco.**

¿Por qué un archivo vivo?

Porque un archivo tradicional tiene como una de sus funciones principales conservar documentos para evitar que se pierdan.

Un museo conserva objetos y los pone en relación con el conocimiento.

Pero un archivo vivo hace algo más:

mantiene esos testimonios en circulación.

Los vuelve a mirar.

Los relaciona.

Los interpreta.

Y permite que nuevas generaciones hagan nuevas preguntas.

Una colección, además, nunca está completamente terminada.

Una nueva adquisición puede modificar nuestra manera de entender una obra que ya teníamos.

Una investigación puede revelar información que desconocíamos sobre un artista.

Una fotografía antigua puede aportar un dato nuevo.

Una publicación puede permitir descubrir que una obra participó en determinada exposición.

Y una exposición puede establecer relaciones entre piezas que antes parecían no tener conexión.

Por eso, conservar no significa congelar el pasado.

Conservar significa mantener abierta la posibilidad de volver a interpretarlo.

También hay algo muy importante en una colección: las relaciones que permite establecer.

Una obra aislada puede tener un determinado significado.

Pero cuando la colocamos junto a otras obras, empiezan a aparecer conexiones.

Podemos reconocer influencias, coincidencias, diferencias, generaciones y transformaciones.

La colección comienza entonces a funcionar como una especie de mapa de la sensibilidad artística de un territorio.

En el caso del Museo CJV, las obras permiten acercarnos a una parte de la historia artística de Jalisco desde una mirada muy particular: la mirada de quien ha decidido reunir, conservar y dar continuidad a determinadas manifestaciones de la creación artística.

Esto no significa que una colección pueda representar por sí sola toda la historia del arte de Jalisco.

No pretende hacerlo.

Su valor está precisamente en ofrecer **una mirada concreta, documentada y particular dentro de una historia mucho más amplia.**

Y aquí ocurre algo que me parece especialmente interesante.

Una colección generalmente nace de una experiencia individual.

Alguien descubre una obra.

Se interesa por un artista.

Decide adquirirla.

Después encuentra otra.

Y poco a poco comienza a establecerse una relación entre las piezas.

Pero cuando esa colección se conserva, se documenta y se comparte, ocurre una transformación.

Aquello que pertenecía a la memoria personal puede convertirse en parte de una **memoria colectiva**.

El museo funciona como ese puente.

La experiencia del coleccionista se convierte en una experiencia que puede ser compartida por otros.

Y las obras comienzan a formar parte de la conversación cultural de una comunidad.

Por eso creo que el Museo CJV no debe entenderse solamente como un lugar donde hay obras reunidas.

También es un lugar donde se conserva información, se generan preguntas y se puede producir conocimiento.

Porque un archivo vivo no solamente proporciona respuestas.

También pregunta.

¿Quiénes fueron estos artistas?

¿Qué circunstancias hicieron posible que realizaran estas obras?

¿Dónde fueron exhibidas?

¿Quiénes las coleccionaron antes?

¿Qué relación tuvieron con otros artistas?

¿Qué estaba sucediendo en Jalisco cuando fueron creadas?

¿Qué exposiciones, publicaciones o acontecimientos culturales estuvieron relacionados con ellas?

Y quizá una de las preguntas más importantes:

¿Qué hemos olvidado?

Estas preguntas son las que convierten a una colección en algo más que un conjunto de objetos.

La convierten en una fuente para investigar.

Y para que esto sea posible, existe otro aspecto que para mí ha sido fundamental: **la documentación.**

Siempre me ha parecido importante conservar, cuando existe, una fotografía o un autorretrato del artista; conocer su trayectoria; reunir publicaciones, invitaciones, fotografías y documentos relacionados con la obra.

También conservar los comprobantes de adquisición y toda aquella información que permita reconstruir la procedencia de una pieza.

Porque esos documentos pueden parecer secundarios en el momento en que se generan, pero con el paso de los años pueden adquirir un enorme valor.

Una invitación puede demostrar que una obra participó en una exposición.

Un recorte de periódico puede registrar la recepción que tuvo un artista en determinado momento.

Una fotografía puede mostrar cómo era un espacio de exposición que ya desapareció.

Un recibo puede ayudar a establecer la procedencia de una obra.

Por eso he llegado a pensar que **documentar también es una forma de conservar.**

Una obra puede sobrevivir físicamente durante cientos de años.

Pero si perdemos la información que explica de dónde viene, quién la hizo y cuál fue su trayectoria, una parte importante de su memoria puede desaparecer.

Por eso, junto al archivo artístico debe existir un archivo documental.

Y esa es también una de las tareas que tenemos hacia el futuro.

Porque quizá la verdadera dimensión patrimonial de un archivo vivo no está solamente en lo que conserva hoy, sino en **lo que permitirá conocer mañana.**

Las generaciones futuras podrán mirar estas obras de una manera diferente a como nosotros las vemos.

Encontrarán en ellas información sobre los artistas, pero también sobre la sociedad que los rodeaba.

Sobre las formas de producción artística.

Sobre los gustos de una época.

Sobre sus preocupaciones y sus valores.

Cada obra conservada puede convertirse, de esta manera, en una especie de mensaje que enviamos hacia el futuro.

Y esto cambia también nuestra responsabilidad como coleccionistas.

Ya no se trata solamente de preguntarnos:

¿Qué quiero tener?

También podemos preguntarnos:

¿Qué quiero conservar y qué quiero que permanezca?

Creo que ahí está la diferencia entre simplemente acumular y coleccionar con una conciencia de conservación.

Acumular reúne objetos.

Coleccionar puede reunir historias.

Y conservar significa procurar que esas historias no se pierdan.

Por eso, cuando pienso en el Museo CJV, me gusta imaginarlo no como un archivo cerrado, sino como un archivo que continúa creciendo y que puede seguir generando preguntas.

Un espacio donde las obras, los documentos, las historias y las miradas se encuentran.

Un espacio donde el pasado puede ser revisado desde el presente.

Y donde el presente puede dejar testimonios para el futuro.

Finalmente, creo que esa es la verdadera dimensión que puede alcanzar una colección privada.

Una colección puede comenzar con una historia personal.

Puede crecer por afinidades, por descubrimientos, por encuentros y por decisiones individuales.

Pero cuando se documenta, se conserva y se comparte, esa memoria puede adquirir una dimensión colectiva.

Y es precisamente en ese movimiento entre lo personal y lo colectivo, entre el pasado y el presente, donde una colección puede adquirir una dimensión patrimonial.

El Museo CJV conserva obras, pero al conservarlas conserva también una parte de la memoria artística de Jalisco.

Y al compartirlas, esa memoria deja de pertenecer únicamente a quien la reunió.

Se convierte en una posibilidad de memoria para todos.

Porque, al final, **coleccionar para conservar no significa solamente guardar el pasado. Significa darle al pasado la oportunidad de seguir hablando con el futuro.**